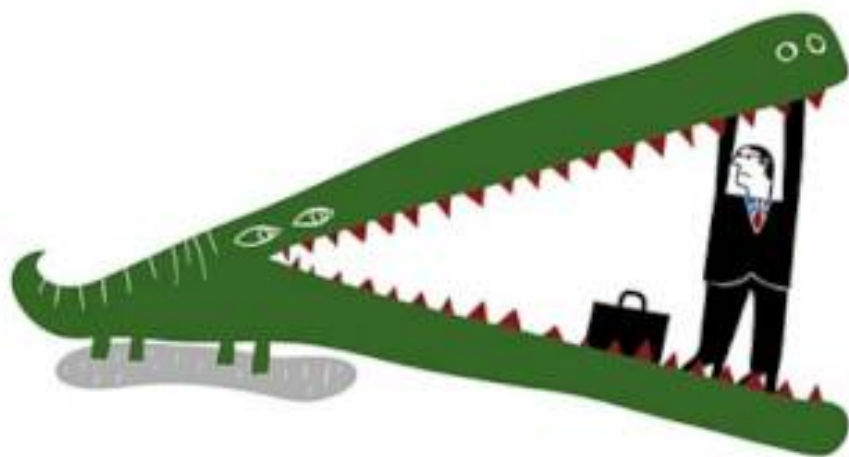


Christian Salmon

Autor de Storytelling

La ceremonia caníbal

Sobre la performance política



Península
Atalaya

Índice

Portada

À la mémoire de Manuel Fernández-Cuesta

Cita

De la insoberanía. Preámbulo

1. «¡Es la performance, estúpido!»

2. Derecha «Tea Party» & izquierda Bartleby

3. La ceremonia caníbal

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

À LA MÉMOIRE DE MANUEL FERNÁNDEZ-CUESTA

Escribo estas líneas unas horas después de la muerte de Manuel Fernández-Cuesta. Era mi editor en España. Se había convertido en mi amigo. Él fue quien me pidió que escribiera *La ceremonia caníbal* y suyos son sus derechos mundiales. Una elección que me enorgullecía y me convertía en un escritor casi español, por así decir. Sin él, este libro no existiría, lo cual no tiene ninguna importancia, preferiría mil veces que existiera él, Manuel. Porque tenía una fuerza tan vital y estimulante como la que ningún libro podrá tener jamás. Dirán de él que se trataba de un gran editor, pero creo que puedo decir que a él le importaba un pimiento. La edición, para él, era como el compromiso político, una empresa de transformación activa. Algunos piensan que se escriben libros porque la vida no basta para realizar nuestras expectativas. Mediocres vividores. Estoy convencido de lo contrario, es porque la vida nos desborda por su hermosura, por los deseos que despierta, por sus dolores también y sus ideas, por lo que nos obliga a escribir. «Hay más ideas sobre la tierra —decía Michel Foucault— que las que los intelectuales a menudo imaginan. Y estas ideas son más activas, más fuertes, más resistentes y más apasionadas de lo que pueden pensar los políticos. Hay que asistir al nacimiento de las ideas y a la explosión de su fuerza. Y esto no en los libros que las enuncian, sino en los acontecimientos que manifiestan su fuerza, en las luchas que se llevan a cabo para las ideas, por o contra ellas. No son las ideas las que mueven el mundo. Precisamente porque el mundo tiene ideas (y porque produce muchas sin cesar), no

es conducido de manera pasiva según los que lo dirigen o los que querrían enseñarle a pensar de una vez para siempre». A Manuel le gustaba este texto que puse como exergo en mi blog de Mediapart.

Los libros no son otra cosa que este arrebato, este entusiasmo. El hacha, como decía F. Kafka, que rompe el mar helado que hay en nuestro interior. También podríamos decir: la ola que se lleva el dique erigido para contenerla. Los libros no son nada si no los mueve ese desbordamiento. Manuel, por su historia familiar, por su inteligencia y su sensibilidad, tenía dentro esa fuerza de desbordamiento. Se desbordaba de ideas, de proyectos, de amor a la vida. No publicaba solo libros, creaba mundos posibles y los poblaban a su antojo como buen gigante. Nuestros libros son ese pueblo.

Tenía una novela familiar que escribir, una ficción mayor que la historia dividida de España, franquista por el lado paterno, comunista por el materno. Francomunista. Yo le apremiaba a escribirla. Rechazaba la idea con un gesto cansado. Algo demasiado personal. Me llamó por teléfono la víspera de su muerte para anunciarme el fin de la aventura de Península. No se quejaba. Me dijo que por fin tenía un poco de tiempo para ver venir las cosas.

Convinimos seguir juntos, pasara lo que pasara.

París, 12 de julio de 2013.

CHRISTIAN SALMON

El punto más intenso de estas vidas, aquel en que se concentra su energía, radica precisamente allí donde colisionan con el poder, luchan con él, intentan reutilizar sus fuerzas o escapar de sus trampas.

MICHEL FOUCAULT

La vida de los hombres infames

De la insoberanía

Preámbulo

Un antiguo ministro de Finanzas, dirigiéndose a los mil quinientos altos cargos de Bercy,¹ evocó un día de noviembre de 1998 la hipótesis de una desaparición del Estado: «Si la hipótesis más sombría, la del declive del Estado, se produjera, ustedes serían, nosotros seríamos, las principales víctimas. Ver desaparecer poco a poco esta capacidad del Estado para ser eficaz sería, estoy seguro, para todos nosotros, una manera de desmoronarnos sobre nosotros mismos».²

La fórmula es sorprendente. Establece un vínculo entre el declive del Estado en la era neoliberal y la suerte de los gobernantes, es decir, el personal político y la alta Administración, que se verían abocados, debido justamente al debilitamiento del Estado, a una especie de autoextinción histórica, definida aquí como una manera de «desmoronarnos sobre nosotros mismos». En efecto, no faltan señales, desde hace treinta años, que muestran ese proceso de autodevoración del *homo politicus*.

En el centro de este proceso de deconstrucción de la función pública, una doble revolución: la pérdida de soberanía de los Estados, vaciada poco a poco de su contenido por la revolución neoliberal y por la revolución tecnológica de los medios de telecomunicación, que sustituye el ritual y el protocolo de las apariciones del soberano por la telerrealidad del poder. El hombre político se presenta cada vez menos como una figura de autoridad, alguien a quien obedecer, y más como algo que consumir; menos como una instancia productora de normas que como un producto de la subcultura de masas, un artefacto a imagen de cualquier personaje de una serie o un programa televisivo...

La condición política se ha remodelado profundamente desde hace treinta años bajo el efecto de la revolución neoliberal iniciada a principios de los años ochenta por los

gobiernos de Ronald Reagan en Estados Unidos y de Margaret Thatcher en el Reino Unido, que proyectaron el fin del Estado providencia y el abandono del modelo keynesiano que había inspirado las políticas de todos los Gobiernos occidentales de posguerra. La revolución neoliberal, que ha implantado un programa de «debilitamiento» del Estado, se vio reforzada a partir de la década de 1990 por la revolución digital, la televisión por cable y el desarrollo de Internet, que revolucionaron las condiciones sociales y técnicas de la comunicación política. A partir de los años noventa, la conjunción del nuevo ideal-tipo político inspirado por los valores gerenciales del neoliberalismo y de la tele-presencia permanente, organizada por las cadenas de información continua, explica la aparición de una nueva generación de políticos, desde Clinton hasta Sarkozy pasando por Bush hijo, Blair y Berlusconi..., personalidades tan distintas que no permiten emparentar ni su orientación ideológica, ni su programa político, ni siquiera la famosa «historia» personal en cuyo nombre son elegidos... En este libro, he intentado esbozar el retrato colectivo de esta nueva generación; no en la encrucijada de las biografías personales que tanto encantan a los medios de comunicación, sino a partir de una ecuación común, una forma de destino común —neoliberal, por fuerza neoliberal—, que califico de condición o de función *neopolítica*. Esta condición se caracteriza por una crisis general de la confianza y de la representación; la crisis de las deudas soberanas no es más que un aspecto de ella, que oculta muchos otros: crisis de la soberanía del Estado, crisis de la palabra del Estado, crisis de la firma del Estado... Esta crisis se manifiesta en todas las democracias occidentales, pero se ve reforzada en Europa por lo que acostumbramos llamar la «construcción» europea, que se parece cada vez más a una «deconstrucción» de la soberanía.

La soberanía se apoya en una doble realidad: el poder y un dispositivo representativo; una potencia de actuar, de ser eficaz, y un cierto simbolismo del Estado. Esta doble realidad es lo que la construcción europea ha dislocado. La pareja que constituían el poder y su dispositivo de representación se ha partido en dos: por un lado, una burocracia anónima (instalada en lo lejano, en Bruselas o Estrasburgo, en unas arquitecturas complejas); por el otro, unos políticos desarmados, un rey desnudo. Por un lado, decisiones sin rostro; por el otro, rostros impotentes. Por un lado, una acción sin representación percibida como no democrática; por el otro, una representación sin poder. Resultado de esta dislocación: la acción se percibe como ilegítima y la palabra ha perdido toda credibilidad. Es la paradoja de lo que Wendy Brown ha calificado de «desdemocratización»;³ y que por mi parte llamo «insoberanía».

Cuando el rey está desnudo y el poder es impotente, ¿en qué consiste el ejercicio del Estado, el hecho de gobernar, sino en jugar deliberadamente con las apariencias? La explosión de las redes sociales como Twitter, las cadenas de todo-información, han pulverizado el tiempo político. La carrera por la movilización de las audiencias se ha acelerado. Vivimos en una ebullición informacional que prohíbe cualquier distanciamiento, toda deliberación. La función periodística se ha deportado de sus misiones originales — la investigación, el reportaje, el análisis político, en resumen, la información— hacia una descodificación que apunta a descubrir bajo las apariencias engañosas de la vida política la verdad de un cálculo, los resortes de una historia, el secreto de un montaje narrativo. Sondeos y descodificación son las dos facetas de la política en la era de la insoberanía, la cara y la cruz de una democracia sin referencias, sin fronteras, sin sustancia, desorientada, guiada por unos dirigentes que merecen ser calificados de desdemócratas tanto como de insoberanos.

El *storytelling* de los políticos y su descodificación compulsiva por aquellos que William Safire calificaba de *politterari*⁴ se han convertido así en unos años en las dos ubres de una democracia hechizada que ha sustituido la acción por el relato, la deliberación por la distracción, el *state craft* (el arte de gobernar) por el *stage craft* (el arte de la puesta en escena).

La política ha pasado de la edad de la justa, del debate, de la discusión y del *dissensus*, a la de lo interactivo, lo performativo y lo espectral. Del *storytelling* a la *performance narrativa*, de la diversión a la devoración de las atenciones. La comunicación política ya no apunta solo a formatear el lenguaje, sino a hechizar las mentes y sumirlas en un universo espectral del que los políticos son a la vez *performers* y víctimas. Son ellos quienes presiden esta ceremonia caníbal en que se ha convertido la vida política. Son devorados por su propia devoración. Este libro quiere describir su condición inconfortable; lo he escrito dividido entre una cierta admiración por los *performers* y una auténtica compasión por las víctimas. Por una feliz coincidencia, resultan ser los mismos: Kafka los llamaba *artistas del hambre*.

1

«¡Es la performance, estúpido!»

EL 28 DE AGOSTO EN DENVER, COLORADO...

Era el final de un día de verano, cálido y soleado. Unos helicópteros volaban por encima del estadio Invesco aún medio vacío. En lo alto de las gradas, las siluetas de los tiradores de élite destacaban en el cielo, el fusil cruzado sobre el cuerpo. En las entradas al estadio, durante toda la tarde, se iban alargando las colas de espera frente a unos pórticos de seguridad que dejaban filtrar con cuentagotas racimos de espectadores campechanos, de una paciencia infinita, listos para obedecer cualquier consigna de los organizadores. Aquellos que tenían un Smartphone tenían que enviar SMS a sus listas de contactos. Los otros podían llamar desde las carpas, donde habían puesto a su disposición teléfonos y ordenadores.

Poco a poco el estadio iba llenándose; los primeros espectadores, dudando ante esas gradas vacías, buscaban el mejor sitio posible para no perderse nada del espectáculo, luego, muy rápido, una multitud abigarrada, ruidosa, tomó posesión del lugar; unos, joviales y alegres, como si fueran a asistir a un partido de béisbol; otros, concentrados, deseosos de no dejarse distraer, resueltos a vivir plenamente este momento histórico. Muchos habían acudido pertrechados con la panoplia completa de la campaña: camisetas, chapas con la efigie del candidato, pancartas azules enarbolando las palabras HOME y CHANGE en caracteres Gotham, «potente combinación», según el *Herald Tribune*, «de elegancia contemporánea y nostalgia por la América de ayer y su sentido del deber». Algunos llevaban camisetas enarbolando el rostro arrugado de Martin Luther King o la famosa «O» rodeando un amanecer, el logo de la campaña presidencial para el Partido Demócrata. Unas mujeres se

habían vestido con el traje tradicional amerindio. Un hombre se abrió camino entre las filas, vestido como un diablo, las piernas cubiertas de pintura roja.

Habían tardado horas en penetrar en el recinto del estadio, esperando pacientemente su turno como habían hecho en todo el país desde hacía seis meses para ir a votar en las primarias, y ahora que habían encontrado un sitio en las gradas, agitaban banderines americanos, escandiendo mientras esperaban el eslogan de la campaña: «Sí se puede»*, «Yes we can»... Una clara demostración de la proverbial bondad de las multitudes.

En las tribunas reservadas para la prensa, los periodistas se empujaban, tropezando con los cables, chocando con las cámaras que pivotaban como grúas 180 grados englobando a la multitud y enfocando los rostros, para ofrecer al pueblo americano, vía web y televisión por cable, una imagen sincrónica de América.

En el espacio donde se instaló la prensa extranjera, las voces de los periodistas procedentes del mundo entero, se solapaban mezclando las lenguas, de un cubículo a otro, de un continente a otro. El dossier de prensa que les había sido facilitado bullía de cifras que demostraban el carácter extraordinario del acontecimiento, como tantas pruebas del genio logístico americano. El acondicionamiento del estadio había costado quince millones de dólares. Unos cincuenta técnicos y setenta maquinistas locales habían trabajado más de 25.000 horas para construir un escenario inmenso creado por el diseñador de los shows de Britney Spear. Tres pantallas gigantes —Panasonic Plasma HD de 103 pulgadas, el mayor formato disponible— proyectaban en espejo las imágenes de la multitud reunida y reportajes realizados durante la convención. Los comunicados de las agencias anunciaban más de treinta mil llamadas telefónicas efectuadas, miles de SMS enviados.

Howard Dean, el presidente del Partido Demócrata, y los consejeros de Barack Obama así lo habían decidido. Quisieron una *Open Convention*, no solo un gran espectáculo sino una plataforma interactiva, la primera demostración a tamaño real de la potencia de los nuevos medios de comunicación y de las redes sociales, el encuentro entre el compromiso político y la alta tecnología.

Varios miles de metros cuadrados con conexión a Internet de banda ancha estaban a disposición de los bloggers. Cientos de cabinas de descarga de videos permitían a cada seguidor de la campaña mandar a sus allegados un testimonio directo del acontecimiento, un poco de historia en tiempo real. Al caer la noche, los flashes de miles de *smartphones* se pusieron a centellear en la oscuridad. Cada uno fotografiando, un poco al azar, sujetando su teléfono con el brazo alzado, extrayendo del tapiz de rostros fragmentos de alborozo popular. Un autorretrato de la multitud por ella misma. «Algunos no paraban de sonreír, otros no conseguían ocultar su emoción, algunos entre los más mayores lloraban», relataba el enviado especial del periódico británico *The Guardian*. «*This is history. It ain't just fake*»,¹ afirmaba Ronnie Houston, cincuenta y cinco años, ante un reportero de la CNN, porque nada se parece más a un acontecimiento histórico que una performance lograda.

UNA HISTORIA AMERICANA

La convención nacional de Denver organizada por el Partido Demócrata fue el escenario de una performance de un nuevo género, la primera de tal amplitud, movilizando tantos medios técnicos y buenas voluntades para una celebración que tenía a la vez algo de concierto de rock, de encuentro deportivo y de concentración religiosa, como aquellas que organizaba el Vaticano en la época de Juan Pablo II.